

LA COGIDA DE ANTONIO ORDOÑEZ

«¡Pero qué tontería! ¡Parece imposible que le cogiese...!» exclamó Hemingway

A la puerta de la enfermería estaba llorando el espontáneo que se arrojó al ruedo en el toro de la cogida

CUANDO llegué a su casa de la calle de Ferraz eran las once de la mañana. Las persianas, bajas, conservaban el salón en penumbra:

—El señor está terminando de vestirse; tenga la amabilidad de aguardar un momento.

Del fondo del pasillo llegaba el rumor machacón de la aspiradora. Había una paz confortable encerrada entre aquellas paredes, donde no se oía una conversación ni el golpe de una puerta que se cierra.

El señor de la casa, torero de profesión, toreaba la tarde del sábado en Aranjuez.

—Tengo que hacer todavía unas diligencias administrativas. Lo mejor será que nos veamos en el hotel Delicias de Aranjuez, a la hora de almorzar. Abajo hay dos coches. Diego te llevará a recoger el equipaje a casa y de allí salis sin más para Aranjuez. Después de la corrida continuamos a Granada y el lunes podremos ir al campo a pasar unos días.

Me dijo también que Hemingway pensaba encerrarse en Churriana, un pueblecito de la provincia de Málaga, para terminar la novela que tiene entre manos.

—Al pasar hacia Jerez iremos a verle. Hasta Aranjuez, entonces.

Salí a despedirme a la puerta. —Hasta Aranjuez, Antonio.

Hacia un gran día para una corrida de toros. En el restaurante del hotel Delicias estaban buenos aficionados a la fiesta tomando los espárragos y las fresas de la tierra. Allí vimos a Domingo Ortega, a don Gregorio Corrochano y a todo el grueso grupo de seguidores de Antonio Ordóñez.

Sobre las cinco de la tarde pregunté en la recepción del hotel por el número de habitación de Antonio Ordóñez.

—La número 1.

Allí estaba Miguelillo, el mozo de espadas, personaje muy popular y simpático en el mundo taurino, que en aquel momento sacaba de sus fundas de tela rayada el traje de torear, rojo y oro, que Antonio Ordóñez iba a sacar en Aranjuez.

El torero, con un pijama azul, estaba tendido en la cama, con las manos debajo de la cabeza. Miguelillo empezaba a disponer el altarcillo sobre una mesa con estampas pegadas en un cartón y escapularios.

En aquel momento llegó Hemingway, con su gorilla de cuadros bajo el brazo, acompañado de su amigo Davis.

—¡Hola, hola!, amigos.

Saludó Antonio Ordóñez y se vino rápidamente hacia el grupo de amigos que estábamos cerca del balcón, porque Hemingway es partidario de dejar que el torero descanse todo cuanto sea posible antes de la corrida.

—Un torero que va a torear está en peligro de muerte. Hay que tener respeto. No conviene hablar con él. Es mejor dejarle solo.

Me preguntó que qué tal lo había pasado en Sevilla, donde coincidimos, porque Hemingway cuando viene a España su mayor aliciente está en seguir a Antonio Ordóñez de Plaza en Plaza.

—¿Y Mery, qué tal? —le preguntamos.

Hizo un gesto con la mano y torció el bigote.

—No se encontraba bien. En Sevilla se ha quedado hasta mañana. Mejor estará ya.

Se despidió Hemingway hasta después de la corrida.

—¿Dónde vas a dormir, Ernesto? —le preguntó Ordóñez.

—En Manzanares, porque a Davis no le gusta conducir por la noche.

—Mejor que os quedéis en el Parador de Turismo de Bailén. Si queréis yo os llevo el coche hasta allí.

—Bueno, aunque estarás cansado... No te conviene...

—Tú ven por aquí después de la corrida, que ya lo arreglaremos.

El escritor le tendió la mano al torero y salió del cuarto.

A los pocos momentos le vimos en medio de la carretera con una mujer en los brazos que había sido atropellada por una motocicleta.

—¡Pronto, que traigan un coche!

Este Hemingway gigantesco, con su aire de patrón de algún ballenero, iba de un lado a otro con la mujer herida en los brazos.

—Pero ¿qué aguardan? ¡Un coche!

Cuando hubo depositado a la herida en los asientos del coche, tendida, Hemingway se fué hacia la Plaza de toros pensando tristemente en aquel suceso; porque es un hombre afectivo, lleno de ternura para la calamidad humana.

La lidia del cuarto toro le correspondía a Antonio Ordóñez, que estaba apoyado en las tablas con un vaso de agua en la mano. Fué entonces cuando al otro lado del ruedo surgió un espontáneo, que desplegó su muleta con avidez y le dió unos muletazos al toro bastante buenos, esa es la verdad, porque el público coreó con oles en cada uno y se levantó para aplaudirle cuando Juan de la Palma y otros peones de la cuadrilla de Ordóñez iban a separarle del ruedo.

Al matador no le faltó tiempo para salir corriendo, de un extremo a otro del redondel, donde la Policía intervenía en la detención del muchacho. El matador llegó a él, le dijo algo y le dió un abrazo, ante el entusiasmo del público.

Lo que hizo Ordóñez con aquel toro ya lo han contado, por lo menudo, los revisteros taurinos. Fué una lección de toreo memorable. Cuando ya remataba con una manoletina su faena, el toro le tiró un derrote en el glúteo izquierdo.

Alguien dijo en alto, en medio del silencio:

—Le ha cogido.

Ordóñez se fué a las tablas y apoyó un momento la espalda contra ellas, cerrando los ojos.

—Sí, le ha cogido. Parece mentira.

La cogida fué en el glúteo izquierdo. Empezaba a empapar la sangre la seda del traje. Domingo Dominguín, su hermano Pepe Ordóñez y Juan de la Palma, con Miguelillo, el mozo de espadas, saltaron al ruedo para cogerle.

—¡Quiéelos! —gritó coléricamente el matador, que exigía la espada para acabar con su enemigo antes de retirarse a la enfermería.

Se hicieron nuevos intentos de cogerle; pero fueron en vano por su heroica voluntad.

El público pedía que le llevaran. Y la sangre corría por la pierna empapando escandalosamente la seda del vestido. El toro fué derribado en tierra por una estocada hasta la bola y la presidencia hacía señales para que se cortasen las dos orejas, el rabo y la pata, que Ordóñez llevó consigo a la enfermería.

Abandonamos la barrera y a la puerta de la enfermería nos encontramos con los seguidores y amigos del torero.

—Ha entrado el doctor Tamames y ha cerrado por dentro.

Llegó Hemingway, visiblemente nervioso.

—¡Pero qué tontería! ¡Parece imposible que le cogiese! Bueno, estas cosas siempre ocurren así.

Empujó la puerta de la enfermería, pero al advertir que estaba cerrada la golpeó con los nudillos.

—Oye, díles a los guardias que me dejen entrar, que yo soy un poco médico y socio de Antonio —me recomendó cogiéndome por un brazo.

—Está prohibido entrar en la enfermería.

—Pero yo he entrado muchas veces.

Se le empañaban los cristales de sus gafas y golpeaba con el puño derecho la mano izquierda.

A la puerta de la enfermería estaba llorando, con su muleta sucia bajo el brazo, el espontáneo que se había tirado en aquel toro.

—Yo quiero verlo. Yo quiero ver a Antonio.

Se abrió la puerta de la enfermería y apareció José Ignacio Sánchez Mejías.

—Pronto, que acerquen la am-

bulancia a la puerta, porque van a trasladarle a Madrid.

Por el puente de Aranjuez venían los chicos corriendo desparvaridos hacia la plaza.

—¡Le han cogido! ¡Le han cogido!

—¿Qué ha pasado, niño?

—Que un toro le ha cogido a Ordóñez.

Iban corriendo entre el polvo a agolparse a la puerta de la plaza por donde sacaban al torero.

Seguía la lidia. A la puerta de la enfermería llegaba el rumor del público que permanecía en su localidad, pediente de lo que ocurría en el redondel.

—¿Pero ha sido mucho?

—No se sabe. Hasta que no le abran en Madrid, no se sabe.

—¿Es un puntazo?

—No; es una cornada. Parece que limpia.

Las mujeres del pueblo comentaban el suceso en voz alta.

—¡Pobre muchacho!

—¡Pobre de su madre!

—¡Creo que es casado!

Entre cuatro personas salía el torero con la taleguilla desabrochada, en mangas de camisa, aquella camisa rizada que habíamos visto colocada sobre la silla en el hotel.

Marino GÓMEZ-SANCHEZ